



REVISTA  
**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

ISSN: 0120-2367

*Fundador*

Alfonso Mora Naranjo

*Rector*

Mauricio Alviar Ramírez

*Vicerrector de Extensión*

José Edinson Aedo Cobo

*Jefe Departamento de Extensión Cultural*

Oscar Roldán-Alzate

*Director*

Elkín Restrepo

*Asistente de dirección*

Janeth Posada Franco

*Diseñadora*

Luisa Santa

*Auxiliar administrativo*

Diego Fernando Castañeda Vergara

*Corrector*

Diego García Sierra

*Comité editorial*

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria, Luz

María Restrepo, Alonso Sepúlveda,

Nora Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

*Impresión:* Panamericana Formas e  
Impresos S.A.S.

Calle 65 No. 95-28 Bogotá, D.C.

- Colombia

Teléfonos: 4302110 - 4300355

Fax: 2763008 - A.A.: 095557

*Correspondencia y suscripciones:*

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revistaudea@udea.edu.co

*Página web*

www.udea.edu.co/revistaudea

*Versión digital*

www.latam-studies.com

http://oceanodigital.oceano.com/

*Publicación indexada en:*

MLA, Ulrich's, CLASE

*Canje:* Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjeydonacionbiblioteca@

udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no

se hace responsable de los conceptos y

opiniones emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de los autores.

# minísculas



## La esencia de la escritura

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Cuando en sueños contemplo  
tu hermosa sombra  
Sombra que en sueños despierta  
a la mañana durmiente  
La diaria penumbra de mi amor  
traicionado  
Odiosa noche le presta a la forma  
diluída del sueño

La estrofa anterior suena sin duda mejor en inglés antiguo.<sup>1</sup> Sin embargo, no fue escrita por Shakespeare, Marlowe, Milton o algún poeta anónimo del siglo XVII. Fue escrita hace un par de años. Y aunque eso en sí mismo no sea sorprendente, pues los imitadores del Bardo de Avon sobran, lo que sí es sorprendente es que su autor no haya experimentado nunca ninguna de las emociones y sensaciones que describe; ni el amor, ni la traición, ni siquiera contemplar la luz de la mañana. Y no las ha experimentado porque no solo no es humano, sino que no tiene ojos, ni corazón. Su "autor" es el software Dr. Johnson, un programa tipo Swiftkey, como el que usamos al componer un mensaje de texto en nuestros celulares y que

predice cuál será la siguiente letra o expresión que utilizaremos. La diferencia es que el creador del software, J. Nathan Matias, un estudiante del Instituto Tecnológico de Massachusetts, mejoró el algoritmo que predice cuál será la siguiente expresión a partir de un análisis combinatorio de las obras de Shakespeare (inspirado en parte por los comentarios satíricos de J.M. Coetzee sobre la obra de Becket, según afirma en la página de su proyecto “Poesía estadística”).<sup>2</sup>

Y aunque esto podría tomarse como un hecho aislado, lo cierto es que no lo es. En un esclarecedor artículo publicado en el *New York Times* el 7 de marzo de 2015 titulado “Si un algoritmo escribió esto, ¿cómo lo sabría usted?”,<sup>3</sup> Shelley Podolny afirma que gran parte de lo que leemos hoy, sobre todo noticias e información de productos, ha sido generado por software, gracias a algoritmos de escritura (o árboles lógicos de toma de decisiones) cada vez mejores. Entre otros ejemplos mencionados, la Associated Press genera más de 3.000 informes en la plataforma Automated Insights cada trimestre. Y aunque en un principio era imprescindible la corrección humana, ya no lo es. Así, un informe sobre el rendimiento de una compañía puede ser publicado un minuto después de conocerse los datos y además reducir la nómina de periodistas. Kristian Hammond, cofundador de Narrative Science, la compañía detrás de uno de los programas que “enseñan” a las computadoras a hacer informes periodísticos, estima que para 2020 el 90% de todas las noticias

que se leerán en el mundo será generado por computadora.

Pero no se trata solo de las noticias. En el artículo de Podolny se menciona a Philip M. Parker, doctor en economía por la Escuela Wharton de la Universidad de Pensilvania y profesor en el instituto francés INSEAD, quien ha desarrollado un software que ha escrito más de 200.000 libros (parte de los cuales están disponibles en Amazon) y publicado más de 1.300.000 poemas (el proyecto es escribir un poema por cada palabra presente en la lengua inglesa). Parker, quien nació disléxico según su página de Wikipedia y desarrolló una pasión por los diccionarios,<sup>4</sup> usa un conjunto de programas llamado, apropiadamente, “Eve”. Su software autómata no solo se encarga de buscar en internet y en bases de datos referencias sobre diversos temas, desde enfermedades hasta problemas técnicos, sino de redactarlos para un lector humano, simulando, según su creador, el proceso de pensamiento de alguien que escribiera sobre el tema. Y aunque los libros suelen tratar sobre temas exóticos y no suelen tener las mejores reseñas de los usuarios, justo también es decir que algunas de las iniciativas de Parker han sido útiles para muchas personas, como es el caso de programas que escriben guiones para videos para enseñar inglés de forma gratuita a través de YouTube, o que consolidan la información dispersa sobre plantas tropicales para programas de desarrollo en África, entre ellos algunos financiados por la Fundación Melinda y Bill Gates.

Existen ya también novelas producidas por software, como *Amor verdadero*,<sup>5</sup> “escrita” por una computadora en tres días en San Petersburgo en 2008. Dicha novela toma la historia de los personajes centrales de *Anna Karenina*, pero la reescribe en el estilo de Murakami, a partir de un programa alimentado con la prosa de 17 escritores humanos de los siglos XIX y XX (algo que recuerda, por cierto, al cuento “El electrobardo de Trurl”, de Stanislaw Lem). Eso sí, la computadora tuvo que escribir la novela dos veces, porque la primera versión no convenció a los editores. ¿Pero a cuántos escritores humanos no les ha pasado lo mismo?

Si se asume que los programas de escritura serán una competencia para los autores humanos (y sería ingenuo pensar que una tecnología que aún está en pañales pero ya ha producido resultados sorprendentes, no lo será), el futuro económico de los escritores humanos luce aún menos prometedor de lo que ya es. Sobre todo si se tiene en cuenta que la edición está cada vez más concentrada y regida por los gustos y preferencias de un mercado transnacional. Algo especialmente notable en Latinoamérica, un continente balcanizado y en buena parte incomunicado literariamente gracias a la forma en que las editoriales transnacionales han impuesto un sistema de costos imposible de mantener para las editoriales nacionales, y donde las decisiones centrales ya ni siquiera se toman en un país hispanohablante, pues la propiedad de las grandes editoriales en español se concentra crecientemente en manos de grupos económicos

de Alemania, Estados Unidos e Inglaterra. ¿Le importará a una editorial del futuro encontrar al “próximo García Márquez” o al “siguiente Borges” cuando haya programas que escriban obras *a lo García Márquez* y *a lo Borges*? ¿Programas que además analicen el mercado y a partir de obras exitosas (por ejemplo, *Harry Potter*) escriban en una semana nuevas obras bajo esos parámetros? Quién sabe. La mayor limitante de los programas de escritura literaria es que, al menos hasta el momento, aquello que llamamos “originalidad” parece limitado, pues los programas se encargan básicamente de simular estilos humanos que han sido exitosos. Aun así, ¿no es la originalidad en un autor humano la recombinación de lo que ha leído a partir de sus propias experiencias y emociones? ¿Qué impide que llegue el momento en que el software pueda también incorporar nuevas vivencias y emociones humanas (por ejemplo, creando nuevos perfiles de personalidad gracias al análisis de comentarios en internet o de diarios íntimos)?

Pero el futuro económico de los escritores no es el futuro mismo de la literatura, a pesar de que la sociedad de mercado en que vivimos y las reseñas serviles de muchos medios nos lo quieran hacer creer así. Lo más probable es que mañana, como hoy, miles de humanos sigan escribiendo sin esperar vivir de lo que escriben e incluso sin esperanzas de alcanzar un público mayor que sus amigos, sino simplemente porque necesitan escribir y no pueden dejar de hacerlo. Y esos escritores seguirán leyendo y aprendiendo, incluso de lo producido por los

nuevos “Maestros” sintéticos. Si los humanos seguimos pensando a partir de conceptos, uno de nosotros escribirá un día un nuevo *Fausto* y otro un nuevo *Quijote*. El que alguien los lea o no, el que su obra sea apreciada o no por un público formado por los grandes mercados, es otro punto. Uno que, en esencia, tiene poco de nuevo, tanto para el escritor, como para el artista. Practicantes de disciplinas que, forzoso es admitirlo, no serían las que son si la mayoría de quienes las ejercen conocieran menos la injusticia económica en su profesión o el peso íntimo de la falta de reconocimiento. De hecho, como ilustran las vidas de tantos creadores, el mejor arte suele producirse en condición de desventaja. Y es bajo ese espíritu que quizá convenga mejor recibir a los futuros colegas digitales. Bienvenida sea la competencia. Nos obligará a los escritores, como mínimo, a reinventarnos, a preguntarnos de nuevo en qué consiste el arte que practicamos, y a buscar cuál es su esencia más allá de reordenar palabras gastadas por el uso intentando que parezca que se leen por primera vez. ■

agarlon@hotmail.com

#### Notas

<sup>1</sup> Traducción personal. El original en inglés dice: “When I in dreams behold thy fairest shade / Whose shade in dreams doth wake the sleeping morn / The daytime shadow of my love betray'd / Lends hideous night to dreaming's faded form.” ([www.psfk.com/2014/01/shakespeare-machine-learning-poetry-app.html](http://www.psfk.com/2014/01/shakespeare-machine-learning-poetry-app.html))

<sup>2</sup> <http://natematias.com/portfolio/DesignArt/Swift-SpeareStatisticalP.html>

<sup>3</sup> [http://www.nytimes.com/2015/03/08/opinion/sunday/if-an-algorithm-wrote-this-how-would-you-even-know.html?rref=homepage&\\_r=0](http://www.nytimes.com/2015/03/08/opinion/sunday/if-an-algorithm-wrote-this-how-would-you-even-know.html?rref=homepage&_r=0)

<sup>4</sup> [http://en.wikipedia.org/wiki/Philip\\_M.\\_Parker](http://en.wikipedia.org/wiki/Philip_M._Parker)

<sup>5</sup> <http://www.sptimes.ru/story/24786>



## La Historia en historieta

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Joe Sacco es dibujante y periodista. Publica sus reportajes en forma de cómic. Le gustan los temas signados por la tragedia de la guerra, como Bosnia y Palestina. En este último territorio estuvo durante un par de temporadas: la primera entre 1991 y 1992, y la segunda entre 2002 y 2003. De estos viajes salieron dos de sus mejores trabajos: *Palestina, en la franja de Gaza* y *Notas al pie de Gaza*. En Bosnia estuvo en 1995, presenciando el incierto proceso de vuelta a la paz de la pequeña ciudad de Gorazde, a orillas del río Drina, después de resistir varios años como uno de los enclaves musulmanes rodeados y controlados por ejércitos serbios al mando de Ratko Mladić. El título de esta última obra, *Gorazde, área de seguridad*, lleva implícita la ironía de un asentamiento supuestamente protegido por fuerzas internacionales, donde realmente las guerrillas serbias realizaban las más cruentas incursiones.

Las historietas de superhéroes acostumbraron a los lectores a que el cómic era sinónimo de ficción, pero la publicación de un libro testimonial como *Maus* por parte de Art Spiegelman a principios de los noventa quebró ese prejuicio de manera definitiva. Esta obra, que cuenta las vivencias sufridas por el padre del autor en los campos de concentración de la Alemania nazi y la posterior —y difícil— relación del padre y el hijo varias décadas después, abrió la posibilidad de que cualquier drama humano real pudiera ser tratado en profundidad a través del arte del cómic. El relato vivencial o periodístico cobra una interesante dimensión a la hora de ser representado a manera de viñetas, pues la descripción de personajes o de lugares no está destinada ya a explicar un mundo recién creado, sino a dar a conocer una realidad que intentamos imaginar a tientas a partir de las noticias, pues estas rara vez se proponen mostrar el contexto material, espacial, estético, etc., de los hechos que las generan.

La presencia de Joe Sacco como autor es explícita en sus trabajos, y agrega una nota de humor a los duros temas que trata. El periodista se dibuja a sí mismo con una boca demasiado grande y unas gafas de aumento gruesas y opacas que no le dejan ver los ojos. Y cuando sale de cuerpo entero vemos a un hombre delgado y de baja estatura, muy distante físicamente de la idea del aventurero que recorre las zonas más peligrosas del planeta. Es más, a menudo este se describe gráficamente

temblando de frío —cuando otros aguantan los rigores del invierno en los lugares aporreados por la tragedia—, o comiendo a dos carrillos —cuando los demás ayunan voluntariamente ante el ofrecimiento de un alimento que no abunda—. Esta representación de sí mismo es la base de la construcción de un punto de vista narrativo que aspira al rigor de lo visto y visitado, aunque no a la objetividad.

Aunque para este autor el dibujo fue su elemento desde niño, una experiencia en el periódico del colegio lo llevó a estudiar la carrera de periodismo. Encontró las clases interesantes y se graduó rápidamente, pero pronto se decepcionó. Dice que no encontraba un espacio ni la manera de escribir cosas que realmente pudieran hacer vibrar al lector. Desencantado de la vida decidió viajar a Malta, la isla mediterránea donde nació, para dedicarse a hacer lo que realmente le gustaba: dibujar cómics. En esta especie de ostracismo voluntario Joe Sacco trabajó sin sentirse intimidado, y aprovechó para ganar seguridad antes de volver a los Estados Unidos a fundar su propia revista: *Portland Permanent Press*, que salió al público durante quince números. Allí puso el dibujo al servicio de la sátira política.

A finales de la década de los ochenta Joe Sacco renunció a su trabajo como dibujante en Los Ángeles y se fue de viaje. Recorrió Europa y se estableció dos años en Berlín, mientras contaba su experiencia en historietas propias y trabajaba como diseñador de carátulas de discos y de pósters de conciertos.

A finales de 1991 y comienzos de 1992 emprendió un recorrido por Israel y Palestina, y después regresó a instalarse en Portland, Oregon, donde decidió dedicarse de lleno a poner esta última experiencia en un libro acerca del conflicto entre musulmanes y judíos. De ahí nació *Palestina, en la franja de Gaza*. Habiendo encontrado esa “manera” que venía buscando desde que era periodista recién graduado, Joe Sacco planeó sus viajes a Bosnia y más tarde de nuevo a Palestina con el objetivo de mostrarle al mundo el punto de vista de aquel que ha sido vejado en la refriega de la guerra deshumanizada.

Tanto en Palestina como en Bosnia, Joe Sacco toma el lado del pueblo que ha tenido menos recursos para defenderse. Su interés no es presentar un escenario imparcial de un conflicto, sino las causas y el contexto de una tragedia humana ocasionada por una guerra desigual. O, como él mismo dice, citando a Robert Fisk, intenta ser “neutral y objetivo en favor de los que sufren”.

En *Notas al pie de Gaza*, su último gran trabajo, Joe Sacco decidió dar un paso arriesgado al tratar un tema histórico: las masacres en las ciudades de Khan Younis y Rafah por parte de los ejércitos israelitas en su invasión a Gaza en 1956. Reconstruir una situación del pasado le significó un trabajo aún mayor, pues no solo los documentos oficiales eran escasos y ambiguos, sino que los testimonios fueron aportados por ancianos cuya memoria estaba contaminada con un panorama

de tragedia continuado desde entonces, muy propicio para la reelaboración de los recuerdos dolorosos. De ahí esa parte del título de “notas al pie [de página]”, refiriéndose a esos momentos de la historia que van saliendo del cuerpo central del recuento oficial, sea por lejanía en el tiempo o por “exceso de nueva historia”, pero cuya importancia puede ser fundamental para entender el presente.

Las tres obras mencionadas no son los únicos trabajos de este periodista dibujante que muchos califican como único en su género, pero sí quizá los más profundos y estremecedores. Además de tener la sensación de comprender la raíz y los móviles de un conflicto, el lector tiene la oportunidad de sentir compasión —no en términos de lástima, sino de ponerse en la situación del otro— por el grupo más afectado por la tragedia de la guerra, además de penetrar en su mundo a partir del dibujo, una experiencia que se enraíza en la imaginación de una manera diferente y complementaria a la narrativa tradicional, compuesta únicamente de palabras. ■

agromena@gmail.com



## La niña, el dibujo y el sonajero

PALOMA PÉREZ

En cuanto cumplió los tres años, mi nieta tuvo que someterse por segunda vez, y a sangre fría, a un procedimiento médico de diagnóstico llamado cistografía. Todo el año habíamos anticipado con temor ese momento. La cita era el lunes a la una de la tarde. Por la mañana mi hija me llamó llorando; le dije que debía estar muy convencida de la bondad terapéutica del examen para que le transmitiera seguridad. Mientras tanto, yo no dejaba de hablar con mi abuela muerta, pidiéndole que protegiera a mi monita, así como ella me había protegido.

Al fin supimos que durante el procedimiento la niña había estado consciente de la situación y que “había sido fuerte”. El defecto congénito, un reflujo *vesicoureteral*, había cedido pero todavía no se curaba; al cumplir los cinco, habría de repetirse la tortura. Esa noche se despertó llamando a su papá y se volvió a dormir con él. La noche siguiente volvió a despertarse,

pero esta vez con un llanto profundo y sentido. Deambuló por la casa sin que nada la pudiera consolar. Los padres debieron limitarse a acompañarla hasta que se durmió rendida, llorando aún. Era evidente que la niña estaba afectada. El miércoles por la tarde no pudo ir a la clase de música porque le harían un análisis de sangre; pero después iría a una fiesta de cumpleaños y suponíamos que esto la distraería.

A las siete de la noche, inesperadamente sonó el timbre de mi casa. Eran ella y la mamá. Se veía muy compungida. En silencio, me tendió los brazos y, cuando la cargué, soltó el peso de su cuerpo sobre mi pecho. No había logrado integrarse a la celebración y quería dormir con su abuela. Se negó a despedirse de la mamá, pese al fuerte apego que siente por ella y a que la prefiere a todos. Ya resultaba extraño que hubiera querido venir, pero lo interpreté como un reproche a la “complicidad” de los padres con quienes le habían infligido dolor. Ida mi hija, di un paseo largo por el patio con la niña en brazos. Luego, a la pregunta de si quería ver el juego nuevo que le tenía, su cuerpo empezó a recuperar el tono.

Cenamos jugando sobre la barra de la cocina y siguió tranquila hasta que quise quitarle la camiseta para ponerle el pijama. Hizo repulsa y me señaló el lugar del bracito donde la habían chuzado para sacarle sangre. Acudí a *Pedro y el lobo* para terminar de ponerle ropa limpia y fresca. Así durmió plácida toda la noche en la camita de al lado. Al otro día, sacó de su mochila un tarrito metálico lleno de

dulces que le habían dado en la fiesta del día anterior, sonoro como un cascabel. Luego me condujo hacia el tablero, y dibujó con tiza un círculo grande, dentro del cual representó con pequeñas espirales todos los elementos de una cara humana y también las extremidades.

Lo más sorprendente fue lo que vino después: una vez concluido el dibujo, tomó el sonajero con la mano derecha sobre la palma, lo proyectó hacia el dibujo y empezó a agitarlo lenta y rítmicamente, a la vez que, con el índice izquierdo, repasaba cada una de las líneas que acababa de dibujar. En silencio y muy concentrada, pasó el dedito por todas las líneas, a la vez que producía sonidos. Terminada la ceremonia, retomó su rutina de juegos y al atardecer regresó alegre a sus papás y a su casa. Siguió durmiendo bien y no volvió a mencionar los hechos que la atormentaron.

Creo que el deseo de observar a un recién nacido es universal e incontenible. Yo contemplaba a mi nieta sin cansarme; veía en ella una criatura venida del limbo del que provenimos; un ser sagrado, testigo y pedazo de infinito; portador hermético de las claves del secreto de la vida y la muerte. Esta contemplación en nada resuelve nuestra angustia frente a la ignorancia fundamental pero, aun así, consuela. También me he fascinado viendo a la niña crecer, sus fantasías y sus aprendizajes, pero presenciar este ritual extraordinario fue algo nunca vivido ni sospechado.

Imagino una especie de fontanela psíquica que conecta a los

humanos con la memoria ancestral, fuente de un conocimiento que no pasa por el aprendizaje ni la experiencia. La pequeña trasladó su ser al dibujo y se puso en el lugar del que observa su ser para organizar, por el camino de la imagen, las energías emocionales alteradas por los sucesos traumáticos. Para los chamanes el conocimiento no aparece como una visión, sino como una percepción auditiva, una “luz auricular”. Así, el sonajero encierra la síntesis de los sonidos; tiene diversos registros y puede imitar el viento, el agua, la voz.

Hoy, un año después, observo a la niña danzar. Tan pequeña, tan frágil. Y pensar que con una tiza y un tarrito de confites fue capaz de encarrilar unos espíritus desordenados. ■

sastreperez@gmail.com

Profesora de la  
Universidad de Antioquia



## Una bruja, un gato y un búho, dibujos de un travesti

ÁLVARO VÉLEZ

Esé día Búho cumplió años y sus amigos, después de hacerle un mal comentario, decidieron resarcir su afrenta regalándole un cigarrillo de marihuana e invitándolo a lo que sería su segundo regalo de cumpleaños: toda una sorpresa. En medio de un mal vuelo montaron a Búho en un automóvil y lo llevaron donde su amigo común Warewolf Jones. En casa, los tres amigos, la bruja, el gato y Warewolf Jones, decidieron mostrarle su segundo regalo sorpresa a Búho: lo condujeron a una habitación vacía y, al someterlo, decidieron sodomizarlo. Después de un rato de vejación, Búho logró liberarse de sus amigos y estos celebraron, al unísono, el maravilloso regalo sorpresa que le habían dado. Como era de esperarse, días después, Búho se sentía muy mal, ultrajado, manchado, por eso la bruja y el gato decidieron alegrarlo regalándole un juego de video y una bolsa con marihuana; al final Búho

revista  
**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**



www.udea.edu.co/  
revistaudea



/revistaudea



@revistaudea

**Suscríbete**

CUATRO NÚMEROS, SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO



revistaudea@udea.edu.co

sintió que esos eran sus verdaderos amigos.

Historias como estas aparecen en el libro de cómics *Hechizo total* (Ed. Fulgencio Pimentel, 2014), de Simon Hanselmann. Se trata de una serie de situaciones que, en su mayoría, involucran a tres amigos que viven juntos: una bruja, llamada Megg, el gato Mogg y Búho. Pero su relación es un poco más particular pues casi todo el tiempo se la pasan intoxicados de alcohol, marihuana, metanfetaminas y, quizás, porque no parece muy claro, de crack. Hay pipas y botellas por todos lados de la casa, además de un caldero donde Megg también parece mezclar drogas. Es una típica casa de yonquis.

A pesar de lo que se pueda pensar, *Hechizo total* no es un libro pesado, denso o depresivo; todo lo contrario, se trata de una serie de historietas frescas, con algunos pases de absurdo, de nihilismo, pero sobre todo muy divertidas e hilarantes. Las aventuras de estos tres, sumadas a las apariciones esporádicas del mago Mike y del casi im-potable Warewolf Jones, son en muchos casos para reír a carcajadas (bueno, eso como siempre depende de los prejuicios que cargue a costas el lector). Megg y el gato Mogg son novios, y casi todo, incluso drogarse, lo hacen juntos. Búho, en cambio, siempre trata de corregir el rumbo de su vida, de dejar las drogas, de enderezarse, de conseguir un trabajo y una relación amorosa estable, pero todo parece torcerse y volver por el camino malo de la vida. Gran parte de las recaídas de Búho son causadas por

sus amigos Megg y Mogg que, en parte, quieren burlarse de él y, por otro lado, no quieren que los abandone, o que abandone la vida de esta casi perfecta relación de trío de yonquis. Ese ir y venir de Búho, entre el buen camino y el tortuoso mundo de las drogas es parte del *leitmotiv* de *Hechizo total*. Búho es, en muchos casos, el muñeco de prueba de bromas pesadas de sus dos amigos.

Pero, aún más, *Hechizo total* es un libro que habla sobre la amistad, no importa en qué circunstancias se dé o bajo qué tipo de características. Megg, Mogg y Búho mantienen una relación férrea de amistad que los une en las aventuras, en la aburrida cotidianidad y en el consumo de drogas. Uno podría decir que el dibujo de Hanselmann refuerza esa cualidad especial en las historias de *Hechizo total*, pues sus cómics están dibujados de una forma naíf, con un trazo sencillo y, en algunas ocasiones, con un coloreado básico en donde abundan los colores planos y primarios. Eso sí, también vemos una fuerte presencia de un verde amarillo en el rostro de Megg y en las sustancias que consumen, que hace de este tono de color un distintivo estético del libro.

La vida del autor de *Hechizo total* es también muy particular. Simon Hanselmann (Launceston, Australia, 1981) viene de una familia descompuesta: su madre es una adicta a la heroína; criado por su abuela, vivió en medio del mundo del desempleo, la pobreza y las drogas en Launceston, una población con los más altos índices de criminalidad en Australia.

Así que Hanselmann ha hecho lo de muchos autores, retratar su propio mundo, en donde se crio y lo que tiene alrededor. Una particularidad más hace que Hanselmann se destaque, pues es travesti, así que casi siempre se le puede ver en fotografías muy a gusto con sus vestidos de mujer. Incluso algunos han visto en esta actitud y en la existencia de la bruja Megg un álter ego del mismo autor.

*Hechizo total* es una obra que muchos pueden considerar transgresora, fuera de lo políticamente correcto, que son características de algunas historietas que ya hemos visto antes en otros autores —en especial, los del llamado cómic underground norteamericano, de las décadas del sesenta y setenta, en particular figuras como Robert Crumb—. Pero Simon Hanselmann lo trae renovado, con nuevos giros que hacen, o vuelven a hacer reír y a divertir. Se siente un aire fresco en las obras de Hanselmann, sobre todo en estos últimos tiempos en los que la historieta, y en especial el formato de novela gráfica, ha tomado un tono tan adusto y serio (tan “adulto”, pensarán otros). *Hechizo total* nos recuerda que la historieta también es para reírnos, para sentir que cometemos alguna afrenta por leer algo que parece inmoral, impúdico, escabroso, prohibido. ■

truchafrita@gmail.com





## Periodismo literario versus literatura

LUIS FERNANDO AFANADOR

Yo crecí con la idea de que el periodismo era una escala previa a la literatura. Y cómo no pensarlos si Hemingway y García Márquez habían sido periodistas para aprender a ser escritores. Si Zavalita, el protagonista de *Conversación en la catedral*, la novela que más me había impresionado del Boom, se volvió un escritor frustrado porque el periodismo lo jodió para siempre. Un género menor, muy útil, aunque peligroso: el prometedor Álvaro Cepeda Samudio también quedó atrapado en sus redes.

El periodismo: una manera más honrosa de ganarse la vida antes de convertirse en escritor. Mejor que el derecho —¡qué horror!— que lo volvía a uno pomposo y grandilocuente o que una carrera de ciencias sociales, el camino más seguro para convertirse en teórico y alejarse aún más de la literatura. Así lo veíamos y así nos lo ratificaban los periodistas que escribían en sus ratos libres y los profesores que nunca escribían.

¿Qué cambió esa percepción desfavorable? Sin duda, *A sangre fría* de Truman Capote, y luego, *El secreto de Joe Gould* de Joseph Mitchell, *La guerra del fútbol* de Richard Kapuscinski y las crónicas de *El periodismo canalla* de Tom Wolfe. El buen periodismo, o el periodismo literario, como se lo llamó después, no tenía nada que envidiarle a la literatura. Esa fue la revelación, el dato básico, que por supuesto no acaba el dilema porque, como lo dice Juan Villoro, “la vida está hecha de malentendidos: los solteros y los casados se envidian por razones tristemente imaginarias. Lo mismo ocurre con los escritores y los periodistas”.

La polémica —o el malentendido— no acaba. Hace poco, un renombrado cronista me confesaba —“explicación no pedida...”— la superioridad artística de la literatura sobre la crónica. ¿Era simplemente un soltero que envidiaba a un casado? Para Leila Guerriero, una de las más reconocidas cronistas contemporáneas, sin duda lo es: “No creo en crónicas que no tengan fe en lo que son: una obra de arte”. Tomás Eloy Martínez, periodista y escritor, autor de *Santa Evita*, una novela que narra los hechos ficticios como reales y los hechos reales como ficticios, suscribe la misma idea: “Antes, los periodistas de alma soñaban con escribir aunque fuera solo una novela en la vida; ahora, los novelistas de alma sueñan con escribir un reportaje o una crónica tan inolvidables como una bella novela”.

No me cabe duda de que la crónica, género que amo y en el que he incursionado, puede

llegar a ser arte. Por cierto, creo que en América Latina, en los últimos años, los cronistas han subido de estatus. Se les reconoce y se les invita a festivales literarios y a conversatorios en calidad de autores. En el sube y baja histórico que son los géneros literarios, el prestigio de la crónica tiende al alza. Sin embargo, la confesión de aquel renombrado cronista me quedó sonando: sin desconocer que la crónica es un arte, ¿resulta inferior a la literatura? Es difícil responder eso, pero vale la pena intentarlo.

Si enfocamos la disyuntiva desde el punto de vista formal, no hay diferencias: una crónica bien escrita no tiene nada que envidiarle a un cuento, un poema, una novela o un ensayo. La crónica —y ese fue su gran paso adelante— logró apropiarse de las técnicas literarias. ¿De cuáles? De todas, de las que necesita una historia o un personaje para contarse mejor. No hay fórmula para escribir una narración, la técnica, lo que llamamos técnica, es una solución formal a un problema concreto. Los cronistas trabajan de la misma manera que los escritores: palabra a palabra y viendo al lenguaje como un objeto.

El problema surge cuando aparece la verdadera frontera que separa al periodismo literario de la literatura: la imaginación. El periodismo no puede inventar, es esclavo de los hechos; la literatura, en cambio, no. Por eso se habla ahora, con más rigor, de ficción y literatura de no ficción. Y, ahí sí, empezamos a ver diferencias notables. La literatura no tiene límites

mientras que el periodismo literario se encuentra limitado. La realidad también incluye la fantasía, los sueños, y los seres humanos son a la vez lo que son y lo que quisieran ser (a veces, en un alto porcentaje, son más lo que quisieran ser). “Hay muchas más cosas entre el cielo y la tierra de lo que imagina tu filosofía”, le dice Hamlet a Horacio.

La literatura es más, simplemente, porque abarca más. Recuerdo las excelentes crónicas —de Juan José Hoyos y Alberto Salcedo— que he leído sobre las masacres en Colombia y las comparo con una obra de teatro, *Labio de liebre*, de Fabio Rubiano, que vi recientemente y cuyo tema es también una masacre. En las crónicas, los muertos se han quedado muertos, y los mutilados, mutilados. En la ficción, en cambio, los muertos han regresado de la muerte para burlarse de ellos mismos y del paramilitar que los mandó matar. Han regresado, con sus animales y su paisaje tropical, a la confortable casa por cárcel de un país donde cae la nieve. Nos reímos cuando deberíamos llorar. Hay simultaneidad de tiempos y de espacios, diálogo entre muertos y vivos, situaciones imposibles pero creíbles. ¿Es superior artísticamente la ficción a las crónicas? No lo sé, ambas me han hecho reflexionar aunque la experiencia de la obra de ficción ha sido más honda, más completa. Y me ha dado más realidad. ■

afanadorluis@outlook.com



## La duración de Dios

LUIS FERNANDO MEJÍA

*Aquí no estaré yo,  
que seré parte del olvido  
que es la tenue sustancia  
de que está hecho el universo.*

Jorge Luis Borges

Algunos racionalistas puros esperan, sin afanes, que la ciencia descubra más y más leyes del universo para que el ser humano abandone la idea de Dios. Piensan que muchos fenómenos de la naturaleza dejarán de ser un misterio, lo cual permitirá expedir un certificado de clara e incuestionable explicación. Dios, que todo lo entiende, sería desplazado por las luces de la inteligencia, provenientes de genios como el astrofísico Stephen Hawking.

Sin embargo, el asunto no parece tan sencillo. Dios no sirve exclusivamente para poblar vacíos cognoscitivos, es también un refugio y una trinchera para defenderse el bípedo humano del bípedo humano.

Así, entonces, Dios presenta muchos usos, además de servir para explicar lo inexplicable. Es bastante útil para consolar, para

engañar, para manipular, para sosegar, para amenazar, para castigar y para soñar con la felicidad eterna.

Es probable que se acelere y mejore el conocimiento del universo pero esto no significa que avance al mismo ritmo el conocimiento y el mejoramiento del ser humano. ¿Cuántos miles de años se requerirán para eliminar el egoísmo básico de los nacidos de mujer? ¿Cuándo se descubrirá o inventará un método que elimine la mezquindad humana, madre de todo tipo de corrupción?

Se universaliza, por ejemplo, la corrupción, haciéndose visible en los que ostentan algún poder, sin que nadie esté exento de ella, solo que poco ruido público irradian los deslices de los modestos y anónimos ciudadanos, con sus faltas éticas menores a la espera de la ocasión para realizar infracciones éticas superiores. ¿Sí será cierto aquello de que los buenos somos la mayoría? ¿Hasta cuándo nos seguiremos idealizando?

Unos resisten la falta de escrúpulos de un poderoso dirigente político, social, religioso o económico; y otros apenas son conscientes de la malicia de su humilde vecino. Pero todos son víctimas o victimarios de un despojo o de una ruindad. Jorge Luis Borges se refiere a “este mundo tan lleno de errores, tan lleno de horror, tan lleno de pecados, tan lleno de dolor físico, tan lleno de sentimientos de culpa, tan lleno de crímenes”. La ciencia con sus razones sigue avanzando pero los males registrados por el poeta se perpetúan y hasta se avivan.

Dios no se irá todavía mientras el ser humano sea una amenaza para el ser humano. El presbítero Tomás de Kempis en el siglo xv lo advertía al predicar que “cada vez que me aventuro entre los hombres, regreso menos humano”. En el mismo tono, Hobbes en el siglo xvii y Schopenhauer en el siglo xix popularizaron el aforismo de que “el hombre es un lobo para el hombre”, y Sartre remató en el siglo pasado con la célebre frase de que “el infierno es el otro”. Con tanta agresividad y tanto miedo hace falta Dios para contener, proteger y consolar.

Los marxistas aseguran que el bípedo humano creó a Dios y no viceversa, pero eso no significa que Dios no exista en la cotidianidad de los hombres y las mujeres, pues persiste un impulso religioso feroz, casi que universal. Quedan como ateos los recién nacidos y un pequeño e invisible grupo que sin la presencia y ayuda de Dios vive en alegría.

Dios no se puede ir todavía. Falta que el ejemplar humano supere la etapa de la razón para que comprenda a plenitud el origen del universo. Falta evolucionar a una fase superior, más allá de la inteligencia, para entender el truco mágico que hay detrás de la vida.

Sin embargo, ¿cómo superar la época en la que el ser humano es un lobo para el ser humano? Parece impensable, por el momento, la aparición de hombres y mujeres magníficos que no sientan ni generen angustias, seres sin pequeñas o grandes vilezas. La ciencia conocida, poco o nada ha hecho

al respecto. Los experimentos sociales impulsados desde la llamada dictadura del proletariado o desde el reino del mercado o desde las oraciones de todas las creencias religiosas han fracasado. Las teorías y sus seguidores siguen vivos, pero dando tumbos como sonámbulos, sin que surja el ansiado “hombre nuevo” previsto por variadas doctrinas que han concluido en simples utopías o en recetas ingenuas plasmadas en incontables libros de autoayuda, que no evitan que los humanos sigan inhumanos.

Parece, entonces, natural un refugio divino para esquivar los sistemáticos actos inhumanos, para sobrellevar la tempestad de la vida. Dios es infinito para los creyentes, aunque sería mejor afirmar que su duración no está prevista, mientras se consume como un remedio contra los horrores de nuestro pequeño y extraviado mundo.

Para la criatura humana, frágil y solitaria, Dios es una buena compañía, donde no se cumple aquello de “dime con quién andas y te diré quién eres”. ■

luis.mejia@udea.edu.co



## Saborear texturas. Una travesía por los sentidos

*¿Qué ritmos esperan por mi paladar más allá de la frontera?*

CARLOS ANDRÉS SALAZAR MARTÍNEZ

Quiero hablar de los sentidos y, como tal vez a los lectores también se les conquiste por el estómago, comenzaré por el del gusto. Porque es que ahora, luego de años de comer muy cerca de casa, puedo decir que esa comida con la que crecemos termina adquiriendo una monotonía severa. Su presencia impone una cadencia rutinaria de la que no somos conscientes hasta que aparecen nuevos ritmos. El primero de ellos —uno vertiginoso e impredecible— fue, para mí, la comida santandereana; sus platos parecen estar en otra escala musical, una para la que mi gusto, quizás, se había estado preparando. Una que valía la pena escuchar. En el momento en que una extraña cebollita ocañera liberó su sabor en un temperamental pequeño trozo de carne oreada, se produjo una explosión

en la que el aburrimiento había terminado. Era como si Paco de Lucía interpretara acordes para que mis papilas gustativas se sintieran invitadas a una eufórica e inesperada fiesta.

La poderosa habilidad que tenemos los seres humanos para interpretar la realidad a través de los sentidos, y la aún más curiosa capacidad de estos para mezclarse con otros, queda también ilustrada en una película infantil. Para poder resolver el asunto de enseñar a los espectadores qué sensaciones deberían venir a nuestro paladar ante algún modesto gesto de los protagonistas, los realizadores de Pixar decidieron utilizar explosiones multicolores. En *Ratatouille*, al encontrarse con su hermano —un insaciable devorador de basura— Remy quiere hacerle entender que comer es más que una simple ingesta de alimentos. Que aquello de comer, más allá de buscar satisfacer una necesidad fisiológica, implica gozarse las proezas de las que es capaz nuestro sentido del gusto y, tal vez con ello, atreverse a disfrutar el vínculo que tiene con todos los demás sentidos. Es así como, en la escena, cada alimento y cada mordisco imponen al espectador la presencia de unas impredecibles burbujas de colores que cambian de forma y de tono en la medida en que el hermano de Remy entiende la propuesta.

La posibilidad de relacionar el sabor de las comidas con la música, los movimientos o los colores plantea un juego del que tanto artistas, en general, como poetas, en particular, han sabido sacar provecho. Qué otra cosa

es una metáfora que la posibilidad de mezclar en una frase dos sentidos. Para algunos, de hecho, es mucho más simple de lo que parece, su cerebro mismo tiene la capacidad de descubrir relaciones insospechadas entre las sensaciones que producen texturas, sonidos, sabores, colores, olores y procesarlas a través de un sentido que no es el encargado de ello. Personas que tienen la capacidad de saborear sonidos, de oler colores, de ver olores, de olfatear texturas —solo como por exagerar—.

Aunque todos, de una u otra forma, somos sinestésicos. Es popular ya el ejercicio que retoma el neurocientífico estadounidense David Eagleman para demostrarlo: un ejemplo en el que pronunciar palabras como Kiki y Buba revelan desde texturas hasta distribuciones geométricas.

Vilayanur Ramachandran, neurobiólogo, en una de sus charlas TED, reconoce a Francis Galton como el descubridor de la sinestesia. Resalta también que investigaciones recientes permiten determinar que es justo en la región conocida como la circunvolución fusiforme donde se producen en algunos inusuales casos conexiones que generan sinestias color-tono o color-número. Memorizar tantas cifras decimales del número pi como veinte mil, incluso más, es solo proeza para personas en las que los números llegan a su conciencia como colores y no como símbolos.

La sinestesia es resultado de un gen que irrumpe en la distribución habitual de ciertas regiones del cerebro.

Aproximadamente 2% de la población mundial tiene alguno de los cerca de 65 tipos de sinestesia reportados. Sin embargo, eso no impide que el resto de los mortales tengamos la capacidad de comprender no solo alguna genialidad, sino también producir abstracciones, metáforas y con ello darse la oportunidad de encontrar nuevos campos de sentido. La prueba más fiel de todo esto es que aún nos maravillamos con la poesía y sus formas. Somos capaces de estremecernos con alguna astuta y, por demás, cada vez más escasa metáfora o figura retórica. ¿Cuál será el poeta que nos sorprenda cuando sea imposible renovarlas?

Respecto a los sentidos hay una literatura que los prefigura y una ciencia que intenta entenderlos. Proust propone, con esa curiosa suspicacia que le es propia, qué pasaría si tuviéramos unos sentidos mucho más sensibles, qué extraña realidad nos depararía haber sido seres de otro planeta:

Aunque dispusiéramos de alas y otro aparato respiratorio que nos permitiesen atravesar la inmensidad, no nos servirían de nada, pues, si fuéramos a Marte y a Venus conservando los mismos sentidos, revestirían con el mismo aspecto que las cosas de la Tierra todo lo que pudiéramos ver. El único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, con otros cien, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es. (Proust, 2006: 266)

Ese solo fragmento abre una discusión respecto a la cual lo único que puedo hacer es extenderla. Solucionar este debate dependerá de que la filosofía y la neurobiología quieran entenderse. Solo me es permitido mostrarles la puerta. Dice también Proust que ciertos pensadores materialistas, sin estar de acuerdo con ellos, se imaginan que el hombre sería más feliz y capaz de una poesía más alta, si sus ojos pudieran ver más colores, las ventanas de su nariz conocer más perfumes. Fue obvio, incluso para Proust, que esa afirmación no tenía sustento alguno. Aunque, por el momento que está atravesando la ciencia, quizás encontremos lugares más altos para poner nuestra felicidad o lugares mucho más bajos para poner nuestra tristeza. Tal vez no hubiera sido necesario provenir de otro planeta para tener otro tipo de sentidos. Qué clase de poesía nos depararía poder tener la sensibilidad de criaturas como los murciélagos, las palomas, las abejas. Qué hubiera pasado si, en medio de esos caprichosos caminos de la evolución, nuestra audición fuera tan sensible como un sonar, si pudiéramos percibir los campos magnéticos para determinar el rumbo como una

brújula, si viéramos el mundo en infrarrojo como *Depredador*. Quizás, como responde Eduard Punset a Galileo —que tuvo una inquietud muy parecida a la de Proust—, tendríamos otra matemática, esa otra forma en que hacemos poesía con la naturaleza:

[...] las matemáticas que hemos inventado se adaptan a nuestra percepción del universo, lleno de líneas rectas, perfiles precisos, bordes —al astrónomo Mario Livio, gestor del telescopio *Hubble* durante muchos años, le gustaba decir que si hubiésemos tenido visión infrarroja y, consecuentemente, borrosa, hubiésemos inventado unas matemáticas distintas a las euclidianas. (Punset, 2005:91)

En la actualidad, los avances de las matemáticas nos han permitido ver el universo desde otras perspectivas, considerando otras texturas y formas. Matemáticas que exigen otro tipo de intuiciones. Eso demuestra, tal vez, que no hubiera sido necesario nacer en otro lugar del cosmos. Pero qué sensibilidad es necesaria más allá del *horizonte de sucesos*.

De otro lado, en el mundo no todos tenemos las

mismas capacidades sensoriales. Investigadores del Instituto de Investigación Biomédica de Bellvitge - IDIBELL han encontrado que, de hecho, y gracias a técnicas de imágenes de resonancia magnética, en una de cada veinte personas la música no motiva ninguna reacción fisiológica. Más claros son los ejemplos de personas, cercanas a nosotros, que no poseen sentido del olfato, del gusto o que no pueden reconocer colores. Un fenómeno muy parecido a ese no poder entender con precisión ciertos versos o que la mayoría sean realmente malos para comprender las matemáticas. La sensibilidad es un factor clave para que el otro tronco del conocimiento humano funcione. Y solo como para que se entienda ese asunto del *tronco*, según Kant hay dos troncos del conocimiento humano, que proceden acaso de cierta raíz común, pero desconocida para nosotros: la *sensibilidad* y el *entendimiento*; por la primera, *se nos dan los objetos*; por la segunda, *los pensamos*. ■

casalazar@gmail.com

#### Bibliografía

Proust, Marcel (2006). *La prisionera*. Barcelona: DeBolsillo.  
Punset, Eduardo (2005). *El viaje a la felicidad*. Barcelona: Ediciones Destino.



Fotografía Diego González

El 31 de marzo murió en Bogotá el distinguido jurista, político y pensador colombiano, doctor Carlos Gaviria Díaz, amigo y colaborador de nuestra Revista.